LA FLÓRULA AUTUMNAL DE LA DESEMBOCADURA DEL RIO COQUIMBO

POR

THEO DRATHEN

Siendo bastante reducido el catálogo de las especies vegetales en la desembocadura del río Coquimbo, son relativamente muchas las que ostentan sus flores todavía en el mes de Marzo.

El terreno de esta flórula es salobreño, pantanoso y arenoso y ocupa tanto, cuanto el río domina en los años de inundación.

Allí es la *brea* (Tessaria) la que da el tono. Está en florescencia; pero sus flores no son vistosas, ni la posición de las hojas es brujular; únicamente llama la atención por la densidad de sus áreas. Tiene un enemigo y está a la vista: es un polvillo muy abundante.

Otras dos plantas alcanzan mayor tamaño, sin que tracen líneas fuertes en el cuadro de los breales: la *yerba loca* (Astragalus ochroleucus), que está para terminar su floración, y el *palqui extranjero*, como algunos llaman aquí la Nicotiana glauca. No ví ejemplares con flores; pero recuerdo un hallazgo interesante. Hace muchos años, encontré en una rama de esta Nicotiana arbórea unas cuantas flores coripétalas, fenómeno que «choca» entre los parientes del tabaco y de la papa.

Bien se mezcla con la brea una *chilquilla* (Baccharis confertifolia); también en flor y más esporádicamente, otra Baccharis conocida, el *romerillo* (B. rosmarinifolia). Pero otros dos vegetales del mismo porte dan verdaderamente una nota poética a los breales de Marzo: la *Solidago*, que no tiene nombre vulgar entre nosotros y que, con tanto acierto, en alemán se llama Goldrute (vara de oro) y como segunda y más frecuente

la *Gerardia*, con sus numerosas campanillas purpúreas. Esta planta se parece en tiempo de antesis a la Digital y no se le puede dar un nombre europeo, porque el género es americano.

¿Cómo podrían faltar en este conjunto la *verbena* (V. litoralis) y alguna *romasa*? (Rumex). Pero la aparición del *chamico* (Datura), aunque por ahora sin flor, será accidental. En el mismo registro de las plantas menos halógenas figuran algunas como la *pila-pila* (Modiola), la *Lippia nodiflora* y un pequeño *Gnaphalium*, especies que están representadas por pocos ejemplares y éstos de mal aspecto.

El *trévul* (Melilotus) se adapta con un nuevo hábito a este sitio, extendiendo sus tallitos como radios apoyados en el suelo y alcanzando así una forma circular. Sospecho que este tipo, bastante marcado y bastante desviado del común, constituya una variante defensiva y no tanto contra el viento, sino más bien contra la fuerza de la corriente de las aguas, que siempre amenazan las inmediaciones de nuestros ríos.

También la flor labiada encuentra cabida entre la flora tardía de nuestro terreno. Allí prospera la Mentha citrata, llamada *yerba mota* y se ve, con menos frecuencia, una planta que, con su fisonomía, nos engaña (y yo diría, también con su olor fuerte, pero no difusivo) simulando una Labiada; pero formando la semilla en una cápsula, la *Stemodia chilensis*.

Las plantas que con más convicción nos enseñan el carácter salobre del suelo, son la *sosa* (Salicornia), la que en un terreno cercano llega al tamaño de más de un metro, y la *Frankenia* (me parece *nicoletiana*) la que florece desde Septiembre hasta Abril y que lleva en la cara inferior de todas sus hojitas plaquitas de sal.

En el agua crecen un *Potamogeton* delgado y la *Chara*, que acumula tanta cal sobre las membranas celulares, que la circulación del protoplasma, tan rápida entre estas membranas, en verdad, no se puede observar. Hay otras algas verdes, que componen la *lama* y también encontramos la *yerba del sapo* (Myriophyllum) en estas aguas.

Hace años, era fácil sacar de este mismo sitio buen material de *Utricularia*, la que en la temporada de otoño no es visible. Hijos de los charcos o de los arroyuelos son el berro (Nasturtium), el *botón de oro* (Cotula), el *duraznillo* (Polygonum), la *sandía del agua* (Jussieua) con la abundancia de sus bonitas flores amarillas; la *placa* (Mimulus), más humilde; la *yerba del pato* (Hydrocotyle), que presenta en la superficie de sus hojas flotantes a menudo un polvillo destructor, y la *Veronica anagallis*, sin nombre popular, que como ninguna otra Verónica goza de este favor en los libros de plantas.

Tampoco falta en nuestro sitio el *Apium nodiflorum* para formar orillas donde el agua flojamente corre en pequeños canales; mientras que el *A. australe*, floreciendo todavía, evita las partes más húmedas.

Al fin examinamos todavía brevemente la alfombra misma que pisamos y notamos que generalmente es la *chépica* (Paspalum) la trama densa y tenaz, sobre la cual se mece el pie, como sobre la capa de los musgos en los bosques. En algunas partes es sustituída por un *llantén* de hojas anchas (Plantago) y de rizomas muy firmes. Entre estas plantas levanta una *Juncácea* sus largas hojas, y varias especies de plantas bajas adornan la alfombra con sus blancas flores de otoño. La más alta es el *Samolus Valerandi*, que por la pequeñez de sus flores y por lo ralo de su racimo no llama mucho la atención.

Las otras tres especies son plantas tendidas en el suelo y con mucha tendencia a formar céspedes. Es en primer lugar la *Anagallis alternifolia*, sembrada de flores como estrellas pálidas. Hay otra de hojitas redondas y flores como campanitas blancas, que ví aquí la primera vez y cuyo nombre no conozco. La más tupida se llama *Selliera radicans*. Tiene flores muy particulares, porque los pétalos unidos no forman un tubo, sino un abanico de cinco puntas. Parece un tubo rajado en toda su longitud. Sin embargo encontré entre un poco de material, que recogí, una flor en forma tubular, y coronada de cuatro puntas (en vez de cinco). Como los cuatro pétalos, existían sólo cuatro sépalos y en vez de los cinco estambres, encerraba la flor sólo tres.

Aquí termino la enumeración de las formas vegetales que acompañan al río Coquimbo en su último trance y, suponiendo que la lista no sea muy incompleta, espero que podrá servir como retrato de la fisonomía particular que ofrece la costa sin bosques, sin rocas y con pantanos.

La Serena, 10 de Mayo de 1936.